

# El don de recibir La pupila abierta de Christian Bobin

Víctor Herrero de Miguel, OFMCap

Email: victorherrerodemiguel@gmail.com

Recibido: 15 de abril de 2017  
Aceptado: 27 de abril de 2017

RESUMEN: El presente artículo se acerca al pensamiento poético de Christian Bobin, autor francés de una dilatada obra que se caracteriza por la sencillez y la profundidad. Lo hacemos a través de cinco coordenadas: la confianza en la vida después de la vida, la seducción de la bondad, la ganancia implícita en la pérdida, la autoconciencia del escritor y la kénosis de Dios.

PALABRAS CLAVE: escritura, bondad, misterio, mundo, vida.

El filósofo surcoreano Byung-Chul Han, observador lúcido de la sociedad contemporánea, sostiene que

“Hoy ya no vivimos poéticamente en la tierra. Nos condicionamos en la zona digital, donde nos sentimos a gusto. Somos cualquier otra cosa que anónimos u olvidados de nosotros mismos. La red digital habitada por el ego ha perdido por completo todo lo ajeno, todo lo inhóspito. El orden digital no es poético. Dentro de él nos movemos en el espacio numérico de lo igual”<sup>1</sup>.

De la cuantificación repetitiva de un mundo reproducido en píxeles y bytes nos salva la mirada capaz de encontrarse con lo cualitativamente distinto, que descubre y encara el ser de cada cosa. Las páginas que siguen dirigen nuestra atención al modo en que Christian Bobin (*Le Creusot*, 1951) –autor francés que, lenta y fecundamente, está siendo introducido en España– transmite en su mirada la poeticidad del mundo: con una pupila que, como una mano abierta, ejercita el don de recibir. De entre sus muchas obras, haremos referencia a los ocho títulos que, hasta la fecha, han visto la luz

<sup>1</sup> B-C. HAN, *La expulsión de lo distinto*, Herder, Barcelona 2017, 99.

en castellano<sup>2</sup>. Sea ésta una invitación a su lectura.

### 1. La muerte o la profundidad del canto

La puerta de salida de la existencia es, en la poética de Bobin, el umbral de la vida: sucede que cuando ésta pierde su expansión horizontal, le surge una verticalidad nueva. Es frecuente en su obra el diálogo con los muertos, a los que interpela y narra el mundo, con quienes se siente en camino. Destaca la presencia de Ghislaine Marion, su amiga fallecida a los cuarenta y cuatro años y a quien escribe (o junto a la cual escribe, podríamos decir) *La más que viva*, un precioso libro que, como una barca en el lago de Genesaret, nos traslada a la otra orilla:

---

<sup>2</sup> Se trata, según el orden de su aparición en nuestra lengua, de los siguientes: *El Bajísimo*. San Francisco de Asís, Thassàlia, Barcelona 1997; *Autorretrato con radiador*, Árdora, Madrid 2006; *Un simple vestido de fiesta*, Árdora, Madrid 2011; *Las ruinas del cielo*, Sibirana, Pamplona 2012; *La más que viva*, Libros Canto y Cuento, Jerez 2015; *Elogio de la nada*, Presencia, Barcelona 2016; *Negro Claro*, Sibirana, Pamplona 2016; *Resucitar*, Encuentro, Madrid 2017. En el nº 3 de la revista *Dar Lugar* (dirigida por Cristina Rodés y Dídac P. Lagarriga) se encuentra un especial dedicado al autor, prolijo en información sobre su persona y su obra.

“El suceso de tu muerte lo ha pulverizado todo en mí.

Todo menos el corazón.

El corazón que tú me has hecho y que me sigues haciendo, que modelas con tus manos de desaparecida, que sosiegas con tu voz de desaparecida, que iluminas con tu risa de desaparecida” (*La más que viva*, 11).

La desaparición de Ghislaine y de cuantos, dejándonos, nos alcanzan para siempre hace que al mundo le aparezca una dimensión desconocida: la convicción de que la frágil caducidad de las criaturas es el sagrario que protege otra forma de existir. En el interior de *Resucitar*, donde su padre –también muerto– vive, leemos:

“Cuando miramos apresuradamente algo bello –y todas las cosas vivas son bellas porque llevan en sí el secreto de su próxima desaparición–, nos entran ganas de apropiárnoslo. Cuando contemplamos eso mismo con la lentitud que merece, que pide y que lo protege un instante de su fin, entonces se ilumina y dejamos de tener ganas de poseerlo (...) Por esa razón, el rostro de los muertos, brillando en nuestros corazones como una imagen en el óvalo de un medallón, es el más bello alimento que puede haber para el pensamiento. Nuestro pensamiento, cuando se eleva hacia ellos como el girasol hacia el sol extraño, está absolutamente des-

provisto de ambición y nada lo perturba en su trabajo de adoración" (*Resucitar*, 77-78).

Tomás de Celano, primer biógrafo de San Francisco, en su narración del fallecimiento del *Poverello*, escribe: *Mortem cantando suscepit*. También Bobin recibe a la muerte cantando y, como el santo de Asís, lo hace porque escucha la melodía que la muerte entona: un himno a la vida, a las criaturas que –fusas, semifusas y corcheas– sostienen, en su fragilidad de notas que de él penden, lo indestructible del pentagrama.

## 2. El misterio del bien

La raíz de la que brota cada libro de Bobin es la fascinación por la bondad: irrigadas por todo lo bueno que existe en el mundo, sus páginas son las ramas que extienden el árbol de su obra, un tilo de sombra generosa y hojas en forma de corazón. Asombrado por el misterio del bien, el poeta declara:

"Todo lo que sé del cielo proviene del asombro que experimento ante la bondad inexplicable de tal o cual persona, iluminada por una palabra o un gesto tan puros que se impone de pronto ante mí el hecho de que no hay nada en el mundo que pueda ser fuente suya" (*Resucitar*, 41).

A esta profundidad del bien se corresponde la últimamente tan citada banalidad del mal, que Hannah Arendt acuña y desarrolla. Para la pensadora alemana, el mal –extremo, pero no radical– actúa como un hongo que invade las superficies y, así, esquivo la propensión que tiene el pensamiento de alcanzar lo profundo<sup>3</sup>. Para Bobin, la frescura del agua revela, velándola, la existencia del hontanar, el carácter absoluto y radical del bien que se vislumbra en la concreción de cada vida. Su libro *Las ruinas del cielo* constituye un pequeño tratado sobre el bien, compuesto a modo de mirada sinóptica en la que el pasado (los últimos años de Port-Royal) y el presente (la cotidianidad del poeta) enlazan sus manos y pasean juntos. En su interior, como una fotografía del alma humana, encontramos la descripción de esta escena:

"Aquella joven mujer al otro lado de la puerta de cristal, con sus dos niños que se enredaban en sus piernas y la protegían de nada: en el instante en que ella ha abierto la puerta, un rayo de sol la ha glorificado. En esta vida no hay nada más bello para la vista que la gente y la corona que llevan a través de la cabeza, sin saberlo" (72).

---

<sup>3</sup> Véase la carta que Arendt escribe a Gershom Scholem y que aparece recogida en R. H. FELDMAN (ed.), *The Jew as Pariah: Jewish Identity and Politics in Modern Age*, Grove Press, New York 1978, 250-251.

El bien que Bobin capta –esa corona que el amor de sus hijos coloca en la cabeza de la mujer– recuerda a aquello que Walter Benjamin denomina el aura: la aparición de una lejanía, por cerca que pueda estar lo que la provoca. Al contrario que la huella –que consiste en la manifestación de una cercanía, por lejos que pueda estar lo que la dejó atrás y, a través de la cual, nos hacemos con la cosa–, el aura se apodera de nosotros<sup>4</sup>. Esta metafísica del bien fija su ancla en la confianza antropológica de quien ve en cada criatura un proyecto de desarrollar la bondad para la que ha sido capacitada.

### 3. La presencia pura

Así, *La Présence pure*, se titula uno de los libros más bello de Bobin, todavía no traducido al castellano. En él, el autor indaga en el fondo del ser de dos criaturas: su padre, enfermo de Alzheimer, y el árbol situado frente a la residencia donde acude diariamente a visitarlo. En ambos descubre una misma forma de existir, carente de defensas, en apertura total a la vida:

“Mi padre, hace tres meses, entró en una casa de la que no saldrá jamás. Está enfermo de Alzheimer. Mi padre y este árbol me llevan

hacia los mismos pensamientos. De uno, náufrago en su espíritu, y de otro, sorprendido por el otoño, espero y recojo lo mismo”<sup>5</sup>.

No sólo en este libro sino a lo largo de toda su obra encontramos semejante horizonte: hacer de la palabra poética un espacio para la desnudez, buscando adjetivos que despojen, verbos sobre los que la vida pueda descansar, diminutivos que ensalcen el gozo de vivir, sustantivos que espejen. La suya no es una escritura ingenua o moralista (y, mucho menos, doctrinaria) que ignore el dolor, las grietas o las sombras. Ni su opción por el bien ni su anhelo de transcendencia nimban su mundo en un círculo de irrealidad. Al contrario, esa presencia pura que el ojo ve y la palabra acoge y representa surge, muchas de las veces, de aquello que todos queremos evitar: el decrecimiento, la desaparición, la pérdida. Es la que sirve de megáfono al lenguaje de los muertos cuando aprendemos a callar:

“Tu voz está enganchada a los silencios de este mundo como la crin dorada de un caballo a los alambres de una cerca” (*Negro claro*, 63).

---

<sup>4</sup> Cf. W. BENJAMIN, *El libro de los pasajes*, Akal, Madrid 2004, 450.

<sup>5</sup> C. BOBIN, *La Présence pure et autres textes*, Gallimard, París 2002, 127. La traducción es mía.

O la que rasga –como un rayo la lisura del cielo– la venda con la que cubrimos la mirada interior:

“Yo salía del centro de rehabilitación llevando al niño en brazos. Me crucé con una anciana que iba en silla de ruedas. Su rostro se iluminó a la vista de la criatura. Me incliné hacia ella para mostrárselo. Los dos se vieron durante un instante –el que todavía no estaba del todo en el mundo y la que ya no lo estaba por completo–. La mujer tenía un rostro maravillosamente arrugado, parecido a la corteza de un árbol secular. Ante la perfección de aquellas dos presencias, dejé de comprender por qué esta sociedad quiere que, a cualquier precio, sigamos siendo indefinidamente jóvenes, alejados de esas dos luces del nacimiento y de la vejez, clavados en el medio” (*Resucitar*, 90).

Esos ojos con los que Bobin ve en ambos cuerpos sendos libros (en el del niño: un pregón, una promesa; en el de la mujer: una celebración, un cumplimento), y descifra en ellos el mensaje de la vida, son la escudilla en la que el poeta recibe todo cuanto el mundo le quiere regalar:

“Está claro: todo lo que tengo, me lo han dado. Todo lo que puedo tener de vivo, de sencillo, de tranquilo, lo he recibido. No caigo en la insensatez de creer que me lo debían, o que era digno de ello. No, no. Desde siempre todo me

ha sido dado, a cada instante, por todos con quienes me encuentro. ¿Todo? Sí. ¿Desde siempre? Sí. ¿A cada instante? Sí. ¿Por todos con quienes me encuentro, sin excepción? Sí. Entonces ¿por qué a veces una sombra, una pesadumbre, una melancolía? Es porque a veces me falta el don de recibir. Es un don verdadero, un don absoluto” (*Autorretrato con radiador*, 17).

Es este don verdadero y absoluto, esta capacidad de recibirlo todo la que ampara a la poesía en su tránsito por *el tiempo de lo decible*, la patria en la que la palabra, según Rilke, vive para alabar. En la novena de las *Elegías de Duino* leemos:

“Alaba al ángel el mundo, no el  
[indecible: ante él  
no puedes presumir con lo  
[esplendorosamente percibido:  
[en el todo del mundo,  
donde él siente más hondo, tú  
[eres un novato. Por eso  
enséñale *lo sencillo*, que, formado  
[a través de generaciones,  
como cosa nuestra vive junto a la  
[mano y la mirada”<sup>6</sup>.

*Das Einfache, lo sencillo*, la apropiación de la cotidianidad, la proximidad real de las cosas, de “la cálida piel del prójimo”<sup>7</sup>: en esto pudiera resumirse la estética de Bobin.

<sup>6</sup> R. M. RILKE, *Elegías de Duino*, Lumen, Barcelona 1980, 83-84.

<sup>7</sup> J. M. ESQUIROL, *La resistencia íntima. Ensayo de una filosofía de la proximidad*,

#### 4. Susurros a un agonizante

Como otros creadores, también Bobin, escribiendo, reflexiona sobre el hecho de escribir. Su poesía es metapoética: una lluvia que forma un charco que espeja la nube de la que surgió el agua. Bobin abre los ojos a la claridad del cielo, observa los secretos que los pájaros llevan cifrados en sus alas, se detiene en la perfección de los estambres, permanece atento al musgo, al mimbre, a las cigarras y, cuando el milagro quiere concretarse a través de ella, acude a la escritura:

“Cuando una alegría sube desde el papel blanco hasta mi mano, tengo la certeza de que nadie está perdido” (*Negro claro*, 43).

Esta autoconciencia poética recuerda a la que Emily Dickinson (a quien Bobin, por cierto, dedica una preciosa obra<sup>8</sup>) vertiera en sus poemas:

“No puedo estar sola,  
pues me visitan multitudes;  
incontables visitantes  
que irrumpen en mi cuarto.  
No tienen ropas, ni nombres,  
ni tiempo, ni país;  
tienen casas compartidas,  
como los gnomos.  
Su llegada puede ser anunciada  
por mensajeros en lo interior;

su partida, no;  
pues nunca se marchan”<sup>9</sup>.

Ya Platón había hablado de la creación poética como *entusiasmo*, palabra que, en griego, incluye el término θεός. El *entusiasmado* es alguien que ha recibido la visita de la divinidad, que ha quedado embebido en el dios. Tal parece ser el caso de Bobin, quien, como un niño atento a la voz de su maestro, recoge con fidelidad el dictado que la vida ordena, y así fragua su poesía. Hay una página especialmente significativa para aproximarnos a su autoconciencia de escritor:

“Hay una literatura que es suntuosa, sobrecargada de oro y autoestima. Considera el hecho de escribir mayor que la vida. No conoce nada más noble que una bella frase. Engendró, sin lugar a dudas, obras maestras, y me resulta indiferente. Es de una literatura distinta de la que estoy hambriento. [...] No admiro una obra porque me dicen que la admire, sino por el poder del amor que en ella vibra. Lo que yo entiendo aquí por amor no es nada sentimental. El único amor que es real es de una dureza increíble. Esa es la palabra: increíble. El poeta Henri Pichette dice que nunca se debería escribir ni una sola frase que no se pudiera susurrar al oído de un agonizante.

---

Acantilado, Barcelona 2015, 62.

<sup>8</sup> C. BOBIN, *La Dame blanche*, Gallimard, París 2007.

---

<sup>9</sup> E. DICKINSON, *El viento comenzó a mecer la hierba*, Nórdica libros, Madrid 2012, 28-29.

Pues bien, eso es exactamente. La manera de escribir que a mí me gusta es exactamente eso. Y todos nosotros somos agonizantes, ¿no? [...] Lo que digo aquí, puedo decirlo de otra manera: Hay una palabra de príncipes y hay una palabra de méndigos. La de los príncipes es como una estancia en la que no hubiera nada y en la que al mismo tiempo todo estuviera lleno, lleno a rebosar. Es una palabra que está sorda de bastarse a sí misma. La de los mendigos, por el contrario, contiene en ella el vacío suficiente –de espacio, de silencio– para que el primer llegado se deslice en ella encontrando allí su bien. Es una palabra que deja en ella sitio a otra, que hace posible la llegada de algo distinto a ella misma. Ya sabéis: la vieja tradición de poner en la mesa un plato de más para un visitante imprevisto. Esas son las palabras que a mí me gustan. Es en esas mesas donde mejor como” (*Auto-retrato con radiador*, 84-86).

Existe una clara distinción entre la literatura y la poesía, en el sentido en el que Borges, dedicándole sus poemas reunidos a su madre, acude al célebre verso de Paul Verlaine:

“Aquí estamos hablando los dos, *et tout le reste est littérature*, como escribó, con excelente literatura, Verlaine”<sup>10</sup>.

---

<sup>10</sup> J. L. BORGES, *Poesía completa*, Destino, Madrid 2010, 7.

A esto parece que invoca también Bobin, haciendo suya la idea de Pichette: en esta vida en la que la muerte cruza con pie igual los umbrales de todas las casas, es la poesía –en el sentido de palabra cribada en el amor y en el dolor– la única digna de ser dicha. Otros caminos (la construcción de una fama, de una obra, de una carrera literarias; la preocupación por las modas o las ventas) no son los del verdadero poeta.

### 5. A la sombra del Bajísimo

Todos los libros de Christian Bobin parecen haber sido escritos al amparo del Bajísimo, el Dios débil que esconde al poeta a la sombra de sus alas,

“ese Dios a la altura de la infancia, a ras de suelo de las primeras caídas, con la nariz en la hierba” (*El Bajísimo*, 36).

Así ve el poeta al Dios de Francisco de Asís y así, yendo desde el tiempo del santo hasta las postrimerías del siglo pasado, retrata el vacío de Dios en el mundo actual:

“Dios. Esa antigualla de Dios, esa antigua vela de Dios ardiendo en la oscuridad de los siglos, ese fuego fatuo de un rojo sangre, esa miseria de una candela despabilada por todos los vientos; nosotros, gente del siglo xx, no sabemos qué hacer con él. Somos

gente de razón. Somos adultos. No nos iluminamos ya con velas. Esperamos durante un tiempo para que las Iglesias nos librarán de Dios. Para eso estaban hechas. Las religiones no nos molestaban. Las religiones son pesadas y la pesadez más bien nos tranquiliza. Es la ligereza lo que nos horroriza, esa ligereza de Dios en Dios, del espíritu en el espíritu. Y luego salimos de las Iglesias. Hemos recorrido un largo camino. De la infancia a la edad adulta, del error a la verdad. Sabemos ahora dónde está la verdad. Está en el sexo, en la economía y en la cultura. Y sabemos muy bien dónde está la verdad de esta verdad. Está en la muerte. Creemos en el sexo, en la economía, en la cultura y en la muerte. Creemos que la palabra definitiva corresponde a la muerte, que rechina entre sus dientes que atenazan su presa, y contemplamos los siglos pasados desde lo alto de esta creencia, con indulgencia y desprecio, como todo lo que se contempla desde arriba. No podemos reprocharles sus errores. Eran sin duda necesarios. Ahora hemos crecido. Ahora sólo creemos en lo poderoso, razonable, adulto –y nada es más pueril que la luz de una vela temblando en la oscuridad–” (*El Bajísimo*, 99-100).

Quizás todas las palabras de Bobin no son sino velas temblando en la oscuridad, lámparas de aceite que, extinguiéndose, nos enseñan a ver en las sombras la luz:

“Imposible hablar de Dios sin pronunciar al mismo tiempo una cantidad inverosímil de tonterías. No se puede decir nada de Dios, tan sólo hablar con Él, en Él. Si esta frase parece extravagante o pretenciosa, la entenderemos tal vez mejor reemplazando la palabra Dios por la palabra ‘amor’ que es su equivalente exacta: imposible hablar del amor sin pronunciar al mismo tiempo una cantidad inverosímil de tonterías. No se puede decir nada del amor, solamente hablar con él, en él” (*Autorretrato con radiador*, 134).

Esta es su apuesta: que al hablar al mundo, en el mundo, Dios pueda aparecer sin necesidad de hacer teorías sobre Él, velar su nombre para que Dios emerja de entre los nombres. Estamos cerca de lo que Christian Wiman, poeta norteamericano, expresa en esta hermosa oración:

“Señor, puedo avanzar hasta ti tan sólo a través de la conciencia, pero la conciencia puede acercarse a ti tan sólo como un objeto, cosa que tú no eres. No espero tener experiencia de ti en el modo en que tengo experiencia del mundo –directa, inmediatamente–, aunque no deseo nada distinto a ello. En verdad, es tan grande mi hambre de ti –¿o será más bien la evidencia de tu hambre de mí?– que me parece verte en las lamentaciones de flor negra pronunciadas junto a una

tumba que no conozco, en las entrañas de las brasas en forma de colmena resplandeciente, en la desnuda abundancia de un árbol de invierno cuyas ramas se iluminan cargando nieve. Señor, Señor, cómo brilla el abismo interior que parecen”<sup>11</sup>.

En el prólogo a *L'Enchantement simple*, la poeta Lydie Dattas habla de la radiante resistencia de Bobin frente al desencantamiento del mundo, aquella existencia en la que el hombre –amenazado por las fuerzas impersonales que lo avasallan (burocratización, colectivismo), privado del don de crear– camina sin el rumbo que marca la confianza en un sentido superior. A esta intuición de lo que nos trasciende (y al *encantamiento simple* que subyace aquí), Bobin llega mediante la relación fraterna con lo inmanente. Nace así una poética del evangelio:

“Queridos pájaros, ¿cuánto pagáis de alquiler” (*Negro claro*, 21).

Es constante en él esta apelación a la confianza, el suelo debajo del

suelo, sin la cual no es posible vivir. Perdiendo la vida, el poeta gana la vida:

“¿Cómo lo diría? Mi vida me escapa. Mi vida sólo viene a mí en mi ausencia. En la claridad de un pensamiento indiferente a mis pensamientos. En la pureza de una mirada indiferente a mis deseos. Mi vida florece lejos de mí, cuando me ausento. Me separo de ella cuando acudo al mundo. Me reúno con ella al contemplar el cielo. El cielo material, pintado de azul y oro. Las luces que lo salpican son cartas de amor. Un amor sin pertenencia. Sin avidez. Un amor que no te pide nada, salvo que estés ahí. Que te da lo eterno, de pasada” (*Elogio de la nada*, 16-17).

Alejada de las poéticas complejas de la deconstrucción o los experimentalismos, ajena también al intento de dislocar el *yo* que escribe del *yo* real, la poesía de Bobin atesora la condición terapéutica del bálsamo que, aplicado en la llaga, alivia y confiere serenidad. Sus palabras limpian. Su pensamiento, abajándose a lo pequeño, eleva. De su lectura, uno sale como sale el bañista de invierno del interior del mar: con la convicción de que, en lo profundo, no hay en la vida que, adrede, hiera. ■

<sup>11</sup> C. WIMAN, *My Bright Abyss. Meditation of a Modern Believer*, Farrar, Straus and Giroux, New York 2013, 13. La traducción es mía. *Libros Canto y Cuento* –editorial jerezana creada por el poeta José Mateos– ha anunciado la próxima aparición de una versión española del libro. Merece la pena leerlo.

---

# SALTERRAE

José Tolentino Mendonça

La  
construcción  
de Jesús  
*La sorpresa de un retrato*

  
SALTERRAE

  
Presencia  
Teológica

**José Tolentino Mendonça**

LA CONSTRUCCIÓN DE JESÚS

*La sorpresa de un retrato*

216 págs.

P.V.P.: 12,50 €

Entre los muchos episodios que relatan los evangelios, el de la pecadora que se aventura en un territorio hostil únicamente para poder tocar a Jesús y ungir sus pies (Lc 7,36-50) acabó convirtiéndose en objeto de trabajo bíblico del autor durante años; pero no solo de trabajo, sino también de emoción, de imaginación, de afecto y de fe. La convivencia con ese texto cambió por completo su forma de mirar a Jesús y, como él mismo afirma, cambió también su vida.

  
LOYOLA  
GRUPO DE  
COMUNICACIÓN

Apartado de Correos, 77 - 39080 Santander (ESPAÑA)  
[pedidos@grupocomunicacionloyola.com](mailto:pedidos@grupocomunicacionloyola.com)

---